

Telecentros en Venezuela: ¿Una Herramienta para la Transformación Social?

Raisa Urribarrí

No hay verdadera
comunicación alternativa
sin un proyecto
alternativo de
organización social, lo
que implica un proyecto
político y una estrategia
para lograrlo. Oswaldo
Capriles, 1980.

Las tan ansiadas políticas nacionales relativas a la democratización del acceso a Internet pareciera que comienzan gestarse en Venezuela. Al menos, es lo que se desprende de la nueva Constitución (Art. 108), que garantiza el servicio público de redes de informática, y de las declaraciones de los máximos voceros gubernamentales quienes anuncian la creación de un Consejo Nacional de Tecnologías de la Información y la puesta en marcha de un Plan Nacional de Telecomunicaciones que tiene previsto la masificación de los centros comunitarios de acceso. Frente a esta posibilidad, una pregunta se hace necesaria: ¿Contribuirán estas medidas con el desarrollo y la transformación social?. A nuestro juicio, los centros comunitarios de acceso a Internet podrían jugar un excelente papel como promotores del cambio social si son concebidos como espacios (reales y virtuales) donde la comunidad, a la vez que resuelva sus ingentes problemas de acceso y producción de información y conocimiento, cree mecanismos de comunicación, organización y educación ciudadanas.

Importantes informaciones relacionadas con las nuevas políticas en torno a la democratización del acceso a Internet han ocupado amplios espacios en la prensa venezolana desde finales del año pasado. Una de las más significativas provino del novel Ministerio de Ciencia y Tecnología (creado en agosto de 1999) que a través de su hasta ahora único portavoz, el ministro Carlos Genatios, anunció la creación de un Consejo Nacional de Tecnologías de la Información el cual “definirá estrategias que garanticen una mayor y más equitativa participación de la sociedad en la utilización de Internet” (El Universal 02-12-99 p. E-2)

También el Ministerio de Infraestructura, a través de CONATEL, dio a conocer el tan esperado Plan Nacional de Telecomunicaciones que prevé, en un lapso de seis años, lograr que un 15 por ciento de los venezolanos use activamente la Internet para lo cual se

promulgará un decreto que lo declare servicio prioritario en el marco de la nueva Ley de Telecomunicaciones.

El referido plan contempla además la creación de un fondo nacional para el desarrollo del servicio universal (con el que se pretende llevar servicio telefónico a todos los centros poblados de más de 500 habitantes), la definición de un marco jurídico para el comercio electrónico e, igualmente, la “definición de un modelo de telecentro comunitario e inicio de centros pilotos en el cuarto trimestre del 2000” (Conatel, 2000: 22).

Cabe resaltar que tales iniciativas calzan a la letra con el artículo 108 de la nueva Constitución que reza:

“Los medios de comunicación social, públicos y privados, deben **contribuir a la formación ciudadana**. El Estado garantizará servicios públicos de radio, televisión y redes de bibliotecas y de informática, con el fin de permitir el acceso a la información. Los centros educativos deben incorporar el conocimiento y aplicación de las nuevas tecnologías, de sus innovaciones, según los requisitos que establezca la ley”. (El énfasis es nuestro)

Es en el marco de la novísima disposición constitucional que cobra sentido la democratización del acceso a Internet. Bajo este enfoque, el problema que debería enfrentarse a partir de la ampliación del acceso, es la definición de los objetivos que con ello se persiguen y cómo alcanzarlos.

Democratización del acceso: solución y problema

El área de más rápido crecimiento en la investigación y desarrollo de Internet es el comercio electrónico (Gómez, 2000). El fenómeno de la globalización económica, basado en el uso intensivo de las tecnologías de la información y la comunicación (TICS), ha implicado la concentración de capitales y la megafusión de consorcios económicos ávidos de expandir sus mercados para lo cual la adopción de las TICS por parte de un porcentaje cada vez mayor de la población es un imperativo pues, como es lógico suponer, la infoventa necesita del infoconsumo. En tal sentido, en América Latina (Brasil, Argentina y algunas ciudades de México) ya son un hecho las empresas que ofrecen conexión gratuita a la Internet.

Por ello, si bien es cierto que la masificación del acceso es urgente (cálculos optimistas señalan que sólo un 4% de la población venezolana cuenta con él) no lo es menos que ésta, desvinculada de políticas y estrategias destinadas a generar una apropiación consciente de los recursos de Internet por parte de la ciudadanía, no contribuiría a resolver los graves problemas económicos, políticos y sociales del país sino únicamente a la consolidación del mercado global. En este sentido, el acceso no sólo es parte de la solución, sino también del problema.

Una referencia importante al respecto son las conclusiones del Grupo de Trabajo sobre Tecnologías de Información y Desarrollo de la ONU, las cuales pusieron en evidencia que “los impactos positivos que tienen las TICS en los países en desarrollo no son tan

profundos ni extensos como algunas veces se ha tratado de demostrar en debates acerca de los beneficios de la sociedad global de la información” (Credé y Mansell, 1998: 40).

De la misma forma, pioneros en la introducción, uso y aprovechamiento de las TICS en el país, como el profesor José Gregorio Silva, director de la empresa teleinformática de la Universidad de Los Andes (Hacer-ULA) y co-fundador del Consejo de Computación Académica de esa casa de estudios superiores, advierten que la mera *masificación estadística* del acceso no garantiza su cabal aprovechamiento, vale decir, el ejercicio del derecho a la información y la comunicación (2000).

Para Silva, director técnico del Proyecto Alejandría¹, no basta con tener una disposición constitucional, ni siquiera la infraestructura y los recursos financieros para canalizarla, pues sacar ventaja de los recursos teleinformáticos no es algo que deviene de un decreto ni se alcanza únicamente a través del uso de la tecnología, sino mediante un trabajo educativo, cultural y organizativo que tome en consideración las referencias exitosas.

Para argumentar sus opiniones, el investigador se vale de la experiencia de la red académica de la ULA, -de la cual es co-fundador- cuya importante infraestructura apenas comienza a ser explotada de manera productiva, mediante la puesta en funcionamiento de servidores temáticos que permiten la difusión de la producción académica de la universidad, a través del portal www.saber.ula.ve.

Hasta hace relativamente poco tiempo, estudios realizados sobre el uso de esta red, cuyos inicios datan de 1992, evidenciaban que ésta era utilizada por una escasa porción de profesores quienes se comportaban, prevalentemente, como receptores de información (Urribarrí, 1999).

Los tan ansiados cambios en nuestros países, conformados por poblaciones mayoritariamente consumidoras de información, depauperadas y apáticas, vendrán como consecuencia, en primer lugar, de la participación consciente de la ciudadanía en los planes de desarrollo, por lo cual luce necesario plantearse, en el ámbito de las comunicaciones, una estrategia para liberar la interlocución, vale decir, la potenciación de “procesos participativos concretos tales como la producción independiente y endógena de medios y mensajes...” (Pasquali, 1998: 36)

Pero esta tarea de abrir cauces a una interlocución más directa, como bien advierte el teórico venezolano, “no será, por lo demás, un proceso exclusivamente mediático”.

Los centros comunitarios de acceso: ¿una alternativa?

Para tratar de subsanar el “rezago digital” (Robinson, 1999: 1) de las poblaciones que carecen de acceso, situación similar en todos los países de América Latina, surge la figura de los centros comunitarios, las cabinas públicas o, como han sido definidos más genéricamente, los telecentros. La experiencia más fértil, antigua y conocida es la red

¹ <http://alejandria.hacer.ula.ve>

nacional de cabinas públicas de Perú, iniciativa de la Red Científica Peruana (RCP), que comenzó a gestarse en 1995.

Los telecentros han sido definidos como “lugares que ofrecen acceso a servicios de telecomunicaciones y son accesibles al público” (Hudson, 1999: 147). Otros autores como Gómez et al (1999:16) destacan su puesta en marcha y utilización **como soporte a los esfuerzos en pro del desarrollo**. (El énfasis es nuestro)

Tomando en cuenta esta consideración, existen diferencias marcadas entre los **telecentros** y los llamados “*ciber-cafés*”, pues los primeros, además de no perseguir fines de lucro, tienen entre sus compromisos “ofrecer información y a la vez capacitar para el manejo de la misma, pues representan la difusión de la cultura informática y la cultura de la información a los ciudadanos en la base social” (Robinson, 2000:1).

En cuanto a sus posibles impactos a favor del desarrollo, Yuri Herrera, de la RCP, señala que estos dependen de los usos que se le den y los servicios que ofrezcan. En tal sentido, la existencia de un lugar donde se presten servicios de Internet no constituye un fin en sí mismo, pues “de no existir producción de contenidos relevantes para la población, el impacto económico y social de la red será muy limitado”. (1999:73)

A nuestro juicio, los telecentros, o centros comunitarios de acceso a Internet, podrían jugar un excelente papel como promotores del desarrollo local, si son concebidos como espacios (reales y virtuales) donde la comunidad, a la vez que resuelve sus ingentes problemas de acceso y producción de información y conocimiento, crea mecanismos de comunicación, organización y educación ciudadanas.

Visto así, “un telecentro no debe estar limitado a la capacitación para el acceso, uso, y producción de información, sino a la creación de un espacio social y cultural que propicie la comprensión de la realidad (económica, política, sociocultural) en la cual se encuentra inmersa una comunidad y, muy especialmente, del fenómeno de la comunicación en un sentido amplio, lo cual incluye, por supuesto, las nuevas tecnologías con todo lo que ello implica: desde los sofisticados saberes relativos a los modernos artefactos telemáticos, hasta los novísimos mecanismos de control globales” (Urribarrí, 2000: 3)

Según Barnola (1999), esto implica el desarrollo de mecanismos idóneos para "educar-se" como los grupos de trabajo entre comunidades y escuelas (recuperación de barrios, estrategias de alternativas económicas, consolidación de cooperativas...) donde se establezcan vínculos y conexiones horizontales que generen procesos de transformación social.

Esto resulta cada vez más urgente, puesto que en torno al naciente auge de los telecentros, algunos investigadores comienzan a preguntarse si no representarán ellos, en el contexto de la globalización, la última ola de la colonización basada en la tecnología. (Gómez et al, 1999: 15) y advierten que podrían convertirse en “un fetiche, objeto de adulación, elemento central de un nuevo culto donde la llegada de la tecnología resuelve casi de manera mágica otras carencias e injusticias ancestrales” (Robinson, 1999: 3).

Brecha digital y centros comunitarios: experiencias venezolanas

Como en la mayoría de los países de América Latina, en Venezuela Internet entró a la sociedad de manos de la academia. Fue en 1992 cuando el Estado, a través del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (Conicit), hizo posible el acceso mediante la puesta en funcionamiento de algunos nodos en las universidades de las ciudades más importantes del país, lo que desembocó en la consolidación de la red académica nacional (Reacciun), en 1994.

En 1995, compañías privadas comienzan a ofrecer el servicio en las grandes ciudades y en 1997 éste comienza a expandirse a los estados más pequeños y económicamente deprimidos del país.

A pesar de ello, cuatro limitantes permanecieron presentes para el acceso a la población de menores recursos del país: 1.- la carencia de equipos de computación, 2. la exigencia de una tarjeta de crédito para domiciliar los pagos al proveedor del servicio 3.- la escasez de líneas telefónicas en las zonas rurales y urbanas de tipo popular y 4- las altísimas tarifas telefónicas.

No obstante, las compañías privadas que operan en el campo de las telecomunicaciones han sabido abrirse paso para captar más clientes. Pruebas de ello son: 1.- la política de la telefónica nacional (CANTV) de ofrecer un número nacional de acceso (lo cual hizo técnicamente posible que cualquiera con teléfono pudiera conectarse al costo de una llamada local), 2.-la rebaja en la tarifa de acceso ilimitado (con lo cual además se promueve un mayor consumo telefónico) y 3.- la implantación del sistema pre-pago, con lo cual desaparece la exigencia relativa a la posesión de una tarjeta de crédito.

En la actualidad, no obstante estas medidas, aún prevalece un acceso restringido lo cual pone en evidencia que la implantación y multiplicación de los servicios de telecomunicaciones no ha generado beneficios similares a todos los sectores sociales, manifestándose lo que se conoce como el “divisorio digital”.

Pero ello no es algo nuevo. La desigualdad de oportunidades de acceso a los recursos de información y conocimiento no ha sido ocasionada por la digitalización. Por el contrario, la brecha siempre ha existido producto de desigualdades sociales y lo cierto es que, gracias a las nuevas tecnologías, está ensanchándose con mayor celeridad. (Silva, 1999:2)

En Venezuela son variadas las iniciativas tendientes a brindar “acceso público” a Internet. Aunque el censo sobre ellas es una tarea pendiente, en medio de una innumerable cantidad de “ciber-cafés”² que han proliferado en las ciudades más importantes del país como Caracas (Centro Comercial Sambil/, Centro Lido), Valencia, Maracaibo, Barquisimeto, Porlamar y Mérida, se cuenta con otro tipo de experiencias que podrían ser definidas como telecentros.

² Entre otros: www.sambillmall.com/cybercafe www.andes.net/laabadia/español.html www.pistacho.net
www.webcenter.com.ve www.webuniverse.com www.tns.com

El primero de ellos se inauguró en 1996: el Centro de Información Digital (CID) ubicado en la Casa de la Cultura de La Victoria, Edo. Aragua³, un proyecto realizado con la consultoría de HACER-ULA, que recibió apoyo de la Gobernación de ese estado y del Conicit, a través de Reacciun, y que ha sido desarrollado por una fundación privada (Fundacid).

A comienzos de 1999, también con el apoyo de Reacciun, bajo el nombre de CAPIB (*Cabinas de Acceso Público a Internet en Bibliotecas*)⁴ se abrieron dos servicios en las salas de ciencia y tecnología de la Biblioteca Metropolitana de Caracas (Reacciun, 1999).

A mediados de 1999 la empresa Hacer Sistemas, C.A., incubada en el Parque Tecnológico de Mérida, y la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL) crean el proyecto Ventana Teleinformática Universitaria para desarrollar en Caracas los primeros Muelles de Alejandría⁵, una iniciativa piloto (cuya expansión está prevista mediante el sistema de franquicia al resto del país) que presta un servicio orientado profesores y estudiantes sin acceso a las tecnologías de información y comunicación. Su conectividad 24 horas es posible gracias a Reacciun.

También la Fundación para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología (Fundacite) de Mérida, gracias al apoyo del Parque Tecnológico de la ULA y de la Gobernación de ese estado, ofrece acceso a Internet a niños y jóvenes mediante convenios suscritos con escuelas y liceos, a través en sus “Casas de Ciencia”, ubicadas en Tovar, El Vigía, Tucaní y Timotes.

En Barinas, como parte de los servicios de conectividad del nodo local de Reacciun, funciona desde el año pasado la **Sala de Acceso Público a Internet** (SAPI) en el local de la comisionaduría del Conicit.

Vale la pena resaltar que, a diferencia de la tendencia observada en otros países de América Latina y El Caribe, donde los telecentros han recibido escaso financiamiento por parte de los organismos del gobierno (Gómez et al, 1999: 20) en Venezuela, a pesar de que no existe un diagnóstico preciso de la situación, podría destacarse el hecho de que la mayoría de las experiencias que pudieran ser catalogadas como tales han recibido el apoyo del Estado Nacional (Reacciun-Conicit) o Regional (Gobernaciones de Aragua y Mérida).

En paralelo a estas experiencias comienzan a surgir otras que no cuentan con apoyo oficial. Una de ellas, el **Infocentro María de San José**, abrió sus puertas el año pasado en una pequeña iglesia de Catia La Mar (Estado Vargas), gracias al respaldo de la delegación de la Unesco en Caracas y de varias empresas privadas del sector telecomunicaciones. Lamentablemente, debido al desastre natural que afectó la zona, éste ha debido suspender sus operaciones temporalmente.

³ [http:// www.el-cid.org](http://www.el-cid.org)

⁴ <http://www.bnv.bib.ve/cabinas.html>

⁵ [http:// www.mda.com.ve](http://www.mda.com.ve)

También culminando 1999, la Asociación Civil “Centro de Animación Juvenil” ubicada en Valera (estado Trujillo), comenzó a perfilar el proyecto de una sala de recursos teleducativos para la **Biblioteca Popular “Paulo Freire”**, el cual ha recibido financiamiento de la Fundación Redes y Desarrollo, como parte de su proyecto MISTICA⁶ (**M**etodologías para el **I**mpacto **S**ocial de las **T**ecnologías de **I**nformación y **C**omunicación en **A**mérica), auspiciado por el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID)⁷ y la Fundación para el Progreso de la Humanidad⁸, la empresa telefónica CANTV y el Laboratorio de Investigación Educativa de la Universidad de Los Andes.

Esta ONG, cuya misión consiste en la promoción de la educación popular para favorecer acciones que generen mayores cuotas de participación y decisión ciudadana en el ámbito social, cultural, político y económico, se propone como primera fase del proyecto consolidar un grupo multidisciplinario de investigación-acción acerca del impacto social de las tecnologías de la información y la comunicación que pueda orientar las actividades del telecentro con miras a la promoción del desarrollo local, así como también la experimentación y sistematización de una metodología para la introducción y uso de la Internet por parte de sectores socialmente discriminados de la ciudad de Valera.

En principio, las instalaciones consisten en tres computadoras conectadas a una línea telefónica con acceso a Internet a través de un proveedor local, las cuales son usadas fundamentalmente para la capacitación técnica del equipo coordinador que, al mismo tiempo, co-diseña y participa en una serie de talleres de diagnóstico y reflexión colectiva orientada hacia la generación y fortalecimiento de actitudes razonadas y pertinentes sobre el fenómeno de las TICS, con el fin de definir el perfil del telecentro.

Para este grupo de jóvenes, “democratizar internet implica problematizarse en relación con el sentido-utilidad de este recurso, para lo cual es necesario generar procesos de apropiación de la tecnología sobre la base de la reflexión crítica y la experiencia compartida” (Perdomo, 2000).

En el fondo lo que pretenden es resolver la interrogante: ¿acceso para qué?. Con el nombre (*en forma de pregunta*) que han dado a la primera etapa de su proyecto “¿Dónde se Enchufa el Enchufe?”, anuncian su interés por conocer “dónde se ubica esta tecnología en la globalidad de nuestra realidad socio cultural” (Durán et al, 1999)

Para el logro de este objetivo, comienzan a entrever la necesidad de ubicar y entrelazar experiencias similares, aprovechando las herramientas que pone a su disposición la Internet. La realización de un encuentro entre los operadores de centros de acceso público a Internet en el país y la creación de un sitio web que promueva el diálogo entre éstos y difunda las experiencias de centros comunitarios y telecentros venezolanos, con vínculos hacia el Proyecto Latinoamericano de Telecentros (Telelac⁹), es una de las propuestas.

⁶ <http://www.funredes.org/mistica>

⁷ <http://www.idrc.ca>

⁸ <http://sente.epfl.ch/fph>

⁹ <http://www.telecentres.org>

Evaluando el Impacto: una reflexión

La necesidad de poner las tecnologías de la información y la comunicación al servicio de la transformación social es algo que ya parece estar claro para algunos activistas sociales, quienes han abrazado los centros comunitarios con grandes esperanzas, persuadidos de la necesidad de aprovechar las oportunidades que significan el intercambio de información relevante y la posibilidad de poner contenidos propios en la red para impulsar la acción colectiva. No obstante, “hasta ahora no existe evidencia de que ello haya tenido un impacto social positivo” (Gómez et al, 1999).

A pesar de que el auge de Internet es un asunto reciente (pues su popularización data apenas de la década de los 90), en Asia, Africa y América Latina existen variadas y distintas experiencias las cuales han sido promovidas por diversos entes, entre los que destacan organismos internacionales como la Unión Internacional de Telecomunicaciones, el Instituto Internacional para la Comunicación y el Desarrollo y el CIID-Canadá.

En cuanto a Latinoamérica, destaca la iniciativa del programa Pan Global Networking del CIID que puso en operación un sitio web sobre telecentros¹⁰ y co-financia el Proyecto Telelac (Telecentros de América Latina) de la Fundación ChasquiNet (Quito, Ecuador) que tiene entre sus objetivos crear una Red Latinoamericana de Operadores e Investigadores sobre Telecentros, así como también enlazar, a través de un sitio web, diversas experiencias de distintos países de la región .

Dicha propuesta surge de un diagnóstico preliminar que dio como resultado que no se disponía de data sistemática sobre las experiencias en ningún país de América Latina y El Caribe y, mucho menos, indicadores que dieran cuenta de sus posibles impactos (Delgadillo, 1999).

Y es lógico que así sea pues estas iniciativas son prematuras, son proyectos todos incipientes. Justamente por ello, tampoco existen sólidos antecedentes de investigaciones endógenas en torno a su instrumentación, desarrollo e impacto. A la fecha, salvo algunas excepciones, la mayoría de la documentación y bibliografía con la que se cuenta sobre el fenómeno está en inglés y proviene de agencias benefactoras, de organismos internacionales o de investigadores aliados a éstas en calidad de consultores.

En tal sentido, así como es necesaria la producción endógena de contenidos, es más que urgente la realización de investigaciones locales: por regiones, por países, por ciudades, por comunidades. Sin embargo, al preguntarse sobre el “cómo hacerlo” la respuesta no aparece rápidamente ni con claridad.

Menou (1999: 214) recomienda la realización de estudios que empleen métodos antropológicos en conjunción con una arquitectura de investigación-acción, asumiendo que el propósito de este tipo de estudios debe ser entender qué está sucediendo en vez de procurar la obtención de data que soporte planes y teorías predeterminados.

¹⁰ www.idrc.ca/pan/telecentres.html

A nosotros se nos ocurre que, además de evaluar a posteriori el resultado o impacto de los proyectos, habría que evaluar también, en su etapa de formulación, si se está tomando en consideración la "viabilidad" sociocultural.

Algunas preguntas nos resultan claves: ¿Satisfacen estas iniciativas las aspiraciones del colectivo al cual pretenden servir?, o ¿han sido diseñados "desde arriba" sin que exista un diagnóstico participativo que ofrezca indicadores más o menos claros del problema que se pretende resolver mediante su implantación?

Una forma de generar "viabilidad" sería que los destinatarios de los proyectos se incorporasen a estos desde su diseño. De acuerdo con José Ignacio López (1999) ello podría ser posible "si sus promotores de alguna manera son partícipes de las redes físicas" y por lo tanto capaces de detectar las necesidades reales de una comunidad, o de crearlas para garantizar la viabilidad.

Luis Barnola (1999) añade que "para ello el trabajo en comunidad pareciera ser indispensable (...) quizás el manejo en grupos que puedan de esa forma hacer trabajo conjunto (...) sería una buena alternativa"

La idea es que de estas indagaciones surjan pistas en relación con lo que debe hacerse para que, verdaderamente, estas experiencias se constituyan en una herramienta para la transformación y la construcción de una sociedad democrática y participativa.

Se ha dicho que la crisis de nuestros países es producto, en gran parte, de la desintegración social. Por ello, los centros comunitarios deben trabajar para lograr la integración, lo cual "tiene mucho que ver con comunicación, con solidaridad, con comunidades activas en su condición de sujetos colectivos" (Esté, 1998:1)

Obviamente, ni la integración ni la participación ni mucho menos la democracia se decretan. Son todas aristas de un proceso siempre en construcción protagonizado por unos actores sociales que la aspiran y cotidianamente la conquistan sobre la base de un gran esfuerzo por vencer barreras de las cuales no escapa su propia inercia y apatía.

Participar y actuar organizadamente es uno de los mayores retos ciudadanos. Ello implica no sólo la conquista de espacios y canales para la comunicación y de un saber instrumental, sino la reflexión y la conciencia sobre el entorno en el que se vive y una decidida acción política.

Frente a la notable ausencia de orientación para captar el sentido de un contexto tecnológico y social en transformación permanente, es necesario crear y desarrollar metodologías alternativas para la introducción de las TICS en la sociedad que permitan "entender a fondo el fenómeno o el contexto en el que se está trabajando antes de pretender modularlo, modificarlo o aprovecharlo" (Rodríguez: 1996: 8).

A nuestro juicio, si el mismo proceso de introducción de las TICS no genera la conciencia crítica de los actores sociales involucrados, su mera utilización no generará un impacto social positivo. En Venezuela, los centros comunitarios de acceso a Internet tienen por

delante ese desafío y los encargados de formular las políticas públicas deberían tomarlo en cuenta.

Referencias:

Barnola, Luis (1999). Discusión en línea en el marco de la comunidad virtual Mística <http://www.funredes.org/mistica>

Credé, Andreas y Mansell, Robin (1998). **Las Sociedades del Conocimiento...en Síntesis. La tecnología de la información para un desarrollo sustentable.** IDRC: Québec, Canadá.

CONATEL (2000, marzo). Plan Nacional de Telecomunicaciones “Hacia la Sociedad del Conocimiento”. Autor.

Delgadillo, Karen (1999). Lecciones Aprendidas: construyendo y fortaleciendo la red de telecentros en Latinoamérica y El Caribe al servicio de la sociedad civil. Fundación Chasquinet: Quito. Mimeo.

Durán, Eglee et al (1999). ¿Dónde se Enchufa el Enchufe?. Aplicación Piloto del Proyecto Mística de la Fundación Redes y Desarrollo. Valera (Venezuela): Mimeo.
http://www.funredes.org/mistica/castellano/aplicaciones_pilotos/prop27.html

Esté, Arnaldo (1998). *Valores y Referentes*. Ponencia presentada en la Asamblea Nacional de Educación. Fundación Tebas: Caracas. Mimeo.

Gómez, Ricardo et al. (1999). *Telecentre Evaluation and Research: a global perspective*. En: Gómez, R. y Hunt, P. (Eds.) **Telecentre Evaluation: a global perspective. Report on an International Meeting on Telecentre Evaluation.** IDRC: Québec, Canadá.

Gómez, Ricardo (2000). *The Hall of Mirrors of Internet in Latin America*. Current History No. 99 (72-77).

Herrera, Yuri (1999). *The Universal Access Model-Cabinas Públicas in Perú*. En: Gómez, R. y Hunt, P. (Eds.) **Telecentre Evaluation: a global perspective. Report on an International Meeting on Telecentre Evaluation.** IDRC: Québec, Canadá.

Hudson, Heather. (1999). *Designing Research for Telecentre Evaluation*. En: Gómez, R. y Hunt, P. (Eds.) **Telecentre Evaluation: a global perspective. Report on an International Meeting on Telecentre Evaluation.** IDRC: Québec, Canadá.

López, José. (1999). Discusión en línea en el marco de la comunidad virtual Mística <http://www.funredes.org/mistica>

Menou, Michel (1999). *Impact of the Internet: some conceptual and methodological issues, or how to hit a moving target behind the smoke screen*. En: Gómez, R. y Hunt, P. (Eds.) **Telecentre Evaluation: a global perspective. Report on an International Meeting on Telecentre Evaluation**. IDRC: Québec, Canadá.

Pasquali, Antonio (1998). **Bienvenido Global Village**. Monte Ávila Editores: Caracas, Venezuela.

Perdomo, Antonio (2000). Comunicación personal vía correo electrónico. 22-02-00.

Reacciun (1999). Proyecto Cabinas Públicas Internet. Mimeo: Autor.

Robinson, Scott (1999). Telecentros y el Rezago Digital ¿Nuevo Culto de Cargo o Reto Legítimo?. Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana: México. Mimeo.

_____ (2000). *Telecentros en México: Desafíos y Posibilidades*. Para publicarse en: ¡Ciudadanos a la Red!. Editorial La Crujía: Buenos Aires, Argentina. Mimeo.

Rodríguez, Marcos (1996). El Culto de la Carga y la Educación Básica. Corporación Parque Tecnológico de Mérida, Venezuela. Mimeo.

Silva, José (1999). *Del papel a la teleinformación: una perspectiva latinoamericana*. Ponencia presentada en el II Taller en Tecnología de Redes Internet para América Latina y El Caribe. Mérida, Venezuela.

_____ (2000). Entrevista personal. 26-02-2000.

Urribarrí, Raisa (1999). Cómo usan la Internet los académicos latinoamericanos: El caso de "RedULA". Comunicación y Sociedad No. 34. Departamento de Comunicación. Universidad de Guadalajara, México.

http://www.funredes.org/mistica/castellano/ciberoteca/participantes/docuparti/esp_doc_35.html

_____ (2000). Metodología para la Introducción y Uso de la Internet en Poblaciones Socialmente Discriminadas de la ciudad de Valera. Consideraciones Previas. Laboratorio de Investigación Educativa, Universidad de Los Andes: Venezuela. Mimeo.

Publicado en: Revista Comunicación No. 110, abril-junio 2000. Caracas: Centro Gumilla.